

Apostilla sobre el uso de la palabra filosofía

Hace cerca de medio siglo, iniciar estudios de filosofía en la Sorbona servía para conseguir grandes cosas, a condición de que se cambiara de camino. Esta disciplina incierta y blanda no tenía buena prensa, se preferían las ciencias «duras», exactas, precisas. Una vez realizado el curso universitario tradicional, era conveniente tocarse con un gorro de experto: lingüista, etnólogo, matemático, estructuralista, epistemólogo, psicoanalista o, si no había más remedio, sociólogo. Hoy, el giro parece completo, la etiqueta «filósofo» realza como una distinción exquisita la materia bruta de nuestras actividades prosaicas; ¿acaso no preguntamos con respeto sobre la «filosofía» de una campaña electoral o de una reforma del calendario escolar?

¿Se trata de un simple efecto de moda tan volátil como el ciclo alterno de falda corta y vestido largo? Este libro se inclina más bien a apostar por un cambio de época. Ayer, tanto la ciencia rigurosa como las revoluciones radicales ofrecían un punto de vista exterior y dominante sobre el curso habitual de las cosas y los acontecimientos. Hoy, nuestro universo ya no tiene exterior, nuestros científicismos y sus inalterables determinismos suenan anacrónicos, mientras que el revolucionarismo no consigue implantar, como en 1930, un espejismo creíble de socialismo (nacional o internacional) frente a la

nueva crisis mundial del capitalismo. Estamos hartos de Catay, eldorados rojos o exóticas antípodas. La existencia planetaria ya no se deja examinar y calibrar desde otra parte privilegiada; China o Brasil, convertidos en partes interesadas y activas de nuestro entorno, participan en su suerte. La humanidad está encerrada en sí misma, no hay ninguna posibilidad de salir de ella sobrevolándola por completo. ¿Es conveniente ceder al qué dirán que hay en el ambiente? Quien se niega se encuentra con la filosofía, oposición interior al reino de la opinión. Parece el momento adecuado para reconciliarse con el imposible señor Sócrates.

1

Confesiones de un filósofo de las calles

Aunque me dan por muerto hace dos milenios y medio, aceptad que vuelva a tomar la palabra a través de un tercero. Mi portaplumas, el pobre, se verá acusado de abuso de confianza al querer alinear sus ensaladas con un nombre que todavía se considera prestigioso. Que se consuele, no he dejado ningún escrito, ni una grabación, por supuesto, que cada uno se talle un Sócrates a su medida o a su desmedida. Confieso que estos embrollos me proporcionan un vivo placer.

Ya en vida, obligaba a mis interlocutores a volverse hacia sí mismos («conócete a ti mismo») y a expresar sus convicciones más ancladas, a menudo las mejor disimuladas. Según todas las probabilidades, heredé este talento de mi madre comadrona. En ultratumba, mis volteretas se extienden hasta el infinito, y cada uno puede disponer de un Sócrates a su imagen. Prueba de que mi famosa «mayéutica», ese arte de hacer dar a luz a las mentes, funciona *post mortem*. Vuestros austeros historiadores de las ideas han intentado a cualquier precio hacer caso omiso de la contradicción de los testimonios y la multiplicación de las interpretaciones para fijar al «verdadero» Sócrates, un Sócrates tal que el examen «objetivo» de mis hechos y gestas pueda calificar. ¡Muy mal! Forzoso es constatar que vuestros expertos no se han entendido mejor que mis contemporáneos para plasmar

mi retrato, porque como «un duque de Guisa que a guisa de disfraz usa un farol de gas», me escurro entre los dedos de cualquiera que quiera hacerme una ficha de identidad.

Sin embargo, no he ocultado nada. Mi estado civil es de dominio público, pero no esclarece en absoluto los misterios de una influencia de varios milenios. Nací hacia el año 469 a.C. y fallecí a los setenta años, hacia 399. Mi padre era escultor o tallador de piedra. Mi madre, comadrona. Yo, ciudadano de Atenas, humilde pero no desharrapado, hice el servicio militar como hoplita, así que tenía la posibilidad material de pagarme el equipo. Tuve dos hijos de mi esposa Jantipa, famosa por su carácter desabrido. A lo largo de mi vida, recorrí la ciudad, platicando, interpelando a jóvenes y viejos, interrogando libremente tanto a los grandes personajes como a los brutos, cultivando furiosamente una virtud de las más extendidas entre nosotros, la «*parresía*», un gusto por la franqueza, sin prohibiciones ni tabúes, compartido por el conjunto de mis conciudadanos. Adquirí cierta notoriedad llevando este talento al extremo.¹

En 423, cuando ya tenía más de cuarenta años, fui estigmatizado por el más grande de nuestros autores cómicos; Aristófanes, el tacaño, me representaba como educador perverso, sin fe ni ley, vertiendo la hiel de la mordacidad en la cabeza de las jóvenes generaciones. A decir verdad, el inventor de la comedia antigua exageraba para poner de su lado a los burlones. En realidad, un círculo de amigos apreciaba la discusión y saboreaba mis provocaciones; entre ellos, se encontraban muchos adolescentes bien nacidos y afortunados, todos con fructuosas carreras, como Platón. Este último acababa de festejar sus veinte años cuando, en 408, nos encontramos por primera vez. Desde entonces, no me abandonó

y, después de mi muerte, dedicó su obra, sus famosos «diálogos», a poner en escena mi humilde persona para la eternidad. Menos íntimo, pero también muy favorable, Jenofonte manchó muchas páginas para la defensa y la ilustración de mi memoria, al menos la que se forjó retrospectivamente de un personaje respetable, aureolado con todas las sabidurías, en el que no estoy obligado a reconocerme.

El brillante colofón de mi existencia fue mi muerte; un proceso público, una condena a la pena capital por «corrupción» de la juventud y una partida tranquila a los infiernos, después de la ingestión *voluntaria* (insisto) de la irremediable cicuta. Sin estos últimos instantes, que trastornaron a mis amigos y dividieron a la elite de los ciudadanos, muy probablemente me habrían olvidado deprisa, porque no era el único de mis compatriotas que no tenía pelos en la lengua. Después de mi ejecución (para mi mayor gloria), empezaron a florecer los «*lógoi sokratikoí*», pequeños teatros callejeros que relataban las tribulaciones de energúmenos insolentes y patanes chiflados; estos guiñoles fisgones, todos llamados «Sócrates», pillaban a los transeúntes en las vías públicas, increpando aquí y allá sin pudor ni contención. Los cínicos antiguos y los monjes mendicantes de la Europa cristiana prolongaron la perpetuidad de una mala fe occidental. Mi originalidad entre los innumerables malcriados que quitan valor a nuestra historia se debe a esta muerte, de la que estoy más que orgulloso de haber provocado deliberadamente.

Pensad más bien si, sin semejante puesta de sol filosófica, se vaticinaría con estupefacción: ¿era bueno?, ¿era malo?, ¿valerosamente libre o peligrosamente licencioso?, ¿destructor o constructor de futuro? Este tipo de preguntas sólo adquieren relieve y agudeza si se plantean a

vida o muerte en el horizonte de mi desaparición. El desenlace fatal prohíbe que se pase de largo caballerosamente sobre las interrogaciones con las que, a lo largo de medio siglo, abrumé y seguramente importuné a la capital de Grecia. No se detuvieron en mi persona (¿soy bueno?), repercutieron sobre mis contemporáneos y rebotan en vosotros, hombres del futuro. ¿Quiénes sois?, ¿valerosos o cobardes?, ¿lúcidos o inconscientes? ¿A qué llamáis bueno, malo, justo, injusto, verdadero o falso? ¿Tuvieron razón o se equivocaron los atenienses al condenarme a la pena capital? O también: la filosofía, tal y como yo la he practicado, ¿vale tanto como para dar la vida por ella? Era necesario que mi partida fuera trágica para que mis vagabundeos anteriores no se tomaran a la ligera y se tiraran a la basura del raciocinio. Es necesario que vosotros, interlocutores de ayer y de hoy, os preguntéis si de mi muerte no fuisteis y sois parte interesada.

Además, no intenté nada para edulcorar el rigor del veredicto. Durante el proceso, habría podido abogar circunstancias atenuantes, invocar el caos muy real y los trastornos intelectuales generados por «la mayor de las guerras» (Tucídides). ¿Quién podía, sin fanfarronería, mostrarse honrado y alardear de no haber tropezado nunca ni errado durante los veintisiete años de un conflicto apocalíptico? No obstante, lejos de convocar en mi ayuda explicaciones apaciguadoras, atacué. Recusé en bloque todos los cargos: ¡no!, no he introducido nuevos dioses; ¡sí!, respeto a los de la ciudad; ¡no!, no he corrompido a la juventud; ¡sí!, la he mantenido despierta. ¡Malditos matices y faltas de compromiso! Del principio al final de las sesiones públicas, provoqué a jueces y acusadores, me negué a negociar cualquier disminución de la pena incurrida. ¡Reclamaban la muerte y consiguieron la muerte! En espera del veneno letal, rechacé las seductoras

ofertas de evasión, ante la sospecha de que poner pies en polvorosa habría suscitado un vil alivio entre los rapsodas de la acusación. Mis allegados me creyeron un loco suicida, pero sólo fui lógico. Si hubiera cedido a sus amistosas presiones, habría participado en la conjuración del silencio.

Mi acusador n.º 1, el rico Ánito, jefe del partido demócrata en el poder desde la derrota de Atenas por Esparta, quería ajustar a mi costa las cuentas no saldadas a los «oligarcas» que, poco antes, sujetaban con firmeza las riendas de una tiranía injusta y sanguinaria. Ánito pretendía incluirme costara lo que costase en este campo deshonoroso; ¿acaso Critias y otros arribistas, mucho antes de sobresalir en el arte del despotismo, no se habían contado entre mis numerosos zelotes en tiempos de su juventud alocada? No se necesitaba más para llegar a la conclusión de que, si estos malos individuos se habían deslizado hacia la corrupción y la tiranía, era a causa de la educación, por haber sufrido durante su adolescencia los maleficios de mi magisterio.

Sin embargo, os aseguro que de ninguna manera estuve metido en la dictadura de «los Treinta», muy al contrario, recusé sus exageradas directrices. Poco importaba, Ánito tenía entre sus manos a la eminencia gris de aquel periodo negro y no la iba a soltar. Seguid el hilo de este sombrío asunto en la *Apología* de Jenofonte, que me describió como víctima expiatoria encargada de saciar una sed de venganza mal dirigida. Chivo expiatorio por elección, antigua prefiguración de aquellas desgraciadas rapadas en las plazas públicas francesas por resistentes de última hora, dudosos personajes que presumían de héroes al linchar a muchachas indefensas. Como acostumbra, Jenofonte simplifica abusivamente y su guión político oculta otro.